





Quid est enim pex Deos optabilius Sapiencia? quid pstantius? 2  
quid homini melius? quid homine dignius?

Cic. Off. lib. 2. C. 2.



Permitidme, Señores, que en un discurso consagrado á la gran-  
de de todas la Ciencias naturales renueve la memoria de aquella feliz re-  
volucion, que hace la época mas gloriosa de nuestros estudios. En Pnela-  
do illustre, cuyo nombre inmortal debe existir en nosotros los sentimien-  
tos mas tiernos de amor, y de gratitud, poseido de la generosa idea de  
proporcionarnos una solida felicidad, dirige sa atencion á aquel ob-  
jeto, que siempre ha sido considerado entre los pueblos cultos como  
el principal apoyo de los Estados. Contempla este espiritu bien hecho  
que no hay cosa mas digna de su primera aplicacion, que procurar  
á la juventud los conocimientos mas importantes á la Republica,  
y los mas utiles á la vida. Va á buscar en los confines de su vasta Dio-  
cesis un profero proporcionado á los sabios designios, que desea con an-  
sía poner en execucion. La Providencia le presenta un hombre,  
cuyo amor al genero humano le obliga á comunicar sin reserva sus  
lucos preciosos, con que se halla enriquecida su alma, y á preferir á  
qualquiera otra ventaja la gloria de ser util á sus convesantes. Ya  
las Ciencias habian establecido su imperio en el antiguo, corri-  
ente. Por todas partes se veian palacios, y templos magnificos e-  
rigidos en su honor. Museos, Gabinetes, Observatorios, Jardines, A-  
cademias, Instituciones, todo publicaba el sublime grado de dignidad,  
á que habian sido elevadas. En nuestra misma Peninsula habia  
ya establecimientos utilisimos destinados para facilitar una illus-  
tracion verdadera: y aun la capital del Virreynato puede gloriarse

de haber oído ya en sus Escuelas la voz de la razón, quando nosotros  
examos todavía esclavos de las preocupaciones. Comprende este filósofo  
lo emprendido hacer nuevas conquistas para las Ciencias, y dar ma-  
yor extensión á su dominio. ¡ Fue aspecto tan diverso el que va á to-  
mar en breve tiempo nuestra educación pública! En lugar de aquel  
culto supersticioso, que se tributaba á las Divinidades de la Escue-  
la: en lugar de aquellos vanos misterios, de aquellas voces vagas,  
con que se delumbaba el debil entendimiento de los jóvenes, su-  
cede una sana Filosofía, que estudiando á la naturaleza en sí  
misma, siguiendo en sus fenómenos, examinando sus le-  
yes, y contemplando el artificio de sus operaciones con atención,  
con penetrancia, y con zelo asegura al entendimiento en la  
posesion de la verdad. Pues, si en todos tiempos, y en todos los pa-  
ses ilustrados se ha sabido distinguir el merito literario. Si las  
piramides, las fuentes, los obeliscos, los arcos triunfales, y las  
estatuas soberbias no han sido monumentos bastante para  
perpetuar los nombres de los que han hecho algun servicio á las  
Letras. Si ha sido preciso gravarlos sobre los vegetales, y sobre  
las mismas estrellas, destinando así el imperio de los Cielos para  
estos mortales privilegiados, é igualando la duracion de su fama  
con la del Universo: ¿ como podriamos vivir seguros de alcanzar  
jamás á satisfacer dignamente las obligaciones, que tenemos  
para con este sabio, que vino á sembrar, y cultivar entre nos-  
otros la semilla de una Ciencia tan importante? ¿ nos sacó de  
las tinieblas, en que nos hallabamos sepultados? ¿ nos hizo sacu-  
dir el yugo de la esclavitud mas vergonzosa? y restituyó nuestra  
razón á la sublimidad de su origen? ¿ Porqué no se me permite  
aquí ocuparme enteramente en desahogar los afectos, que se

3  
atropellari en el fondo de mi corazón! ; Porqué me veo obligado á em-  
plear en otro objeto el debil instrumento de mi voz, que quizá se-  
rá la última vez que se oye desde este lugar tan respetable para mí!  
Pero al Público es, á quien corresponde, segun el pensamiento de  
Descartes, pagar lo que se hace por el Público: y el honor de la Pro-  
vincia entera se interesa en reconocer á lo menos el Genio, que  
ha precedido á la empresa, de cuyo suceso goza hoy tranquilamen-  
te.

Para dar alguna idea del inestimable beneficio, que he-  
mos recibido, é inflammar al mismo tiempo los animos de los so-  
verres, cuya instruccion se ha tenido la bondad de confiarme, in-  
tento ahora hablar de la Filosofía. Confieso, Señores, que en este  
instante me veo oprimido de un peso enorme. Mis fuerzas desfa-  
llecen. Yo me indigno contra mí mismo. No soy capaz de sostener la  
grandeza, y la magestad de mi objeto. Su extension me embaraza por  
todas partes, y no sé por donde debo empezar. Las plantas; los brutos;  
el globo, en que habito; la distancia, la magnitud, y el numero pro-  
digioso de los que quedan por esa esfera infinita, cuyo centro nadie  
pudo señalar jamas; las criaturas racionales; el Sen-Supremo;  
toda la naturaleza llena de misterios, de prodigios, y maravillas  
se presenta á mi pobre imaginacion. ; Que espectáculo tan espanto-  
roso! ; pero, que digno del hombre! Yo veo á los ingenios de pri-  
mer orden, á los maestros del genero humano, despreciar las co-  
modidades, y los placeres mas inocentes debidos á aquella porcion  
de materia, que hace parte de nuestro ser; les veo olvidarse de sí  
mismos, por abandonarse á la contemplacion de aquel inrecto, de  
aquella planta humilde, que el ignorante mira con altivos. Veo  
á los ministros encargados de los negocios mas serios, é inte-



del Orzdo, á los Principes, á las Republicas, al mismo Gefe de la Ygle-  
sia, á las tres partes del mundo conmovidas, y empeñadas en averi-  
guar solamente la figura de la tierra; de este punto, en que nos colo-  
có el Autor de un vastísimo Universo. Veo espandidos por toda su  
superficie á los matematicos mas celebres; les veo sufrir fatigas, y  
trabos imponderables por conseguir la decision de esta sola causa. Veo  
finalmente al mas sabio, y poderoso de los Reyes bajar del trono,  
y entregarse al exãmen de aquellas mismas producciones, que  
los siglos de la barbarie atribuyeron al concurso casual de los ato-  
mos. Veo estos, y otros infinitos homenages pagados á la natura-  
lera; pero no me admira. Sé que la mar pequeña de las obras de  
una sabiduria sin limites basta para agotar la admiracion de  
todos los hombres juntos. Sé que la mar inutil en apariencia,  
encierra un tesoro riquisimo, que solo descubre un estudio  
constante, e' infatigable. Sé que las cosas mas comunes, y ordi-  
narias han estado destinadas para el descubrimiento de las que  
mas honran á la humanidad. á la observacion de una sola pre-  
da se deben las incomparables utilidades de la bruxula. El mo-  
vimiento de una lampara hace inventar á Galileo la medi-  
da del tiempo, que aplica despues á la medicina, y á otros usos  
importantisimos. Una fruta desprendida del arbol nos da la ley  
universal de la atraccion. Profundizando las propiedades de una  
simple linea, descubren los geometras el admirable secreto de  
llevar á su ultima perfeccion los pendulos, y las bombas. En fin,  
todo es capaz de agriada, y de instruir en la naturaleza. Toda es-  
ta tierra de designios, de proporciones, y de avisos. Todos los mex-  
por, que nos rodean, nos enseñan alguna cosa. Todos, dice el Autor  
religioso, tienen un lenguaje, que á nosotros solos se dirige. Las  
relaciones, que hay entre ellos, y nosotros, son otras tantas voces.

4  
que nos llaman, y con que se están ofreciendo á dexarnos, al mismo tiempo  
que llenan de comodidades nuestra vida, nuestra alma de luces, y nues-  
tro corazón de reconocimiento. Se puede decir, concluye este ilustre  
autor, que la naturaleza es el libro mas sabio, y mas perfecto de quan-  
tos hay, y el mas propio para cultivar nuestro entendimiento: que  
se ve en sí los objetos de todas las ciencias, y su inteligencia no está  
limitada á idioma, ni á personas determinadas. No hay, pues, pro-  
duccion alguna; no hay fenomeno, que descubierta aun por el simple  
uso de nuestros sentidos no haga el elogio de aquella bellissima Cien-  
cia, que se ocupa en averiguar la constitucion del Universo. ¡ Ah!  
que será si extendemos las facultades de nuestros organos, y nos  
ponemos en estado de descubrir hasta los elementos de la materia,  
y aquel numero asombroso de criaturas, que parece no habian si-  
do hechas para nosotros; y de las quales, no obstante, el Astronomo,  
el Geografo, y el medico han sabido aprovecharse con tanta utili-  
dad de las Facultades mas necesarias. Pero lo que pone el colmo  
á la excelencia de la Filosofia es su eficacia para perfeccionar la  
razon. Esto parecerá una paradoxa á aquellas personas poco  
instruidas, entre quienes esta Ciencia, segun el metodo como se  
cultiva en el dia, no solo para por inutil, sino tambien por per-  
niciosa en lo que mas interesa un hombre de bien. Ya se que-  
ran los autores nacionales de un modo de pensar tan opuesto á  
las intenciones, y providencias de nuestros Soberanos; tan per-  
judicial al progreso de las Ciencias, y al fomento de las artes, y  
manufacturas de toda especie. El origen de esta desgracia es bien  
manifiesto. Hay hombres, que nada tienen por bueno, sino es con-  
forme á sus ideas, y á las preocupaciones de aquellos, que venen  
como Oraculos de la Sabiduria. Les parece que los antiguos han  
tenido el privilegio de poseer todo los conocimientos naturales, y que  
es un delito pretender traspasar los limites, que ellos nos



Por otra parte, es preciso que la ignorancia, y la pexeza se ven-  
guen, desacreditando unas ciencias, que no se adquieren con la  
lectura de un cartapacio, sino á costa de trabajos, y meditaciones.  
; Ojalá no me viese en la necesidad de combatir un error tan tor-  
pe! Pero es preciso prevenirla á la juventud, que se ha puesto á  
mi cuidado: es preciso hacerle ver que nada hay mas apropiado  
para formar al hombre que esta misma Filosofía, que se le  
pinta con colores tan odiosos.

Asi como la union esencial, que tiene el  
espíritu humano con su Criador, lo eleva sobre todas las cosas;  
le comunica la vida, la luz, y toda su felicidad; por el contrario  
la que tiene con el cuerpo lo abate infirmitamente, y es causa  
de todos sus errores, y miserias. ; Que importa que siempre es-  
te animado de aquel vivo deseo de conocer la verdad, para la  
qual salió de la nada, si los sentidos trabajan por traxarizarle?  
Sus movimientos desfiguraban la pureza, y la simplicidad de  
los objetos: cautivan, y ahogan en cierto modo al alma, pre-  
cipitandola al mar profundo abatimiento, sino sabe volver sobre  
sí misma; sino tiene fuerzas para desembarazarse de las im-  
presiones, que los acompañan. Esta es la ventaja, que nos pro-  
porcionan las matemáticas, que son una de las partes princi-  
pales de la Filosofía, que se condena. Ellas ilustran, y purifi-  
can el espíritu; extienden, y perfeccionan sus potencias: nos acor-  
tumbran á desconfiar de las ilusiones de la materia; nos  
elevan sobre ella, haciendonos escuchar la voz interior de la ra-  
zon. Conduciendonos desde las proposiciones mas simples hasta las  
mas sublimes por una cadena de verdades infalibles, y eternas,  
nos hacen subir por grados hasta la cumbre de las ciencias  
exercitandonos en relaciones abstractas, y en ideas simples;



5

nos dan el feliz hábito de percibir casi por instinto la verdad aun en las materias mas intrincadas, y difíciles; á distinguir á primera vista la incredulidad de la superstitcion, la sinceridad de la impostura. El orden, la pureza, la precision, y la exactitud, que reynan de algun tiempo á esta parte en las Obras de moral, de Política, de Crítica, y tal vez de Eloquencia, bien podrian tener su origen, dice el immortal Fontenelle, en el Espiritu Geométrico, que se comunica irresistiblemente aun á los que no conocen la Geometría. Convencido de <sup>+ estas</sup> ~~estas~~ utilidades, que nos trae el estudio de las matematicas, deseá <sup>+ con ardor</sup> uno de sus mas sabios profesores que los que gobiernan la Iglesia, y el Estado cuiden de hacerlo preceder á todos los demas. Entonces, dice, no dominará el capricho á la razón; la verdad será mas apreciada; la virtud aparecerá con todo su esplendor, será mejor reconocida, y mas respetada.

Si de las matematicas pasamos á las demas partes de esta Filosofia, es preciso ~~conferir~~ ~~conferir~~ que ya no debe haber cosa digna de alabanza ~~para el~~ que tiene valor de vituperarla: supuesto que todas aspiran á perfeccionar al hombre. Una le suministra máximas excelentes para gobernar al entendimiento en todos los tiempos, y en todos los empleos de la vida. Máximas para discutir con toda la extension posible, su- biendo hasta los primeros principios, sin detenerse en la autoidad, ni en los juicios anticipados. Máximas contra la vanidad, que nos expone á aventurar las decisiones por evitar la confesion de nuestra ignorancia; confesion la mas justa, y la mas conforme á la condicion de los hombres. Máximas para combatir las extravagancias del Fanatismo, que pone su gloria en cerrar los ojos aun á la misma evidencia. Máximas para ~~permanecer~~ ~~permanecer~~



mes en la verdad, una vez descubierta; inflexibles en nuestras re-  
soluciones, pacientes en la execucion, y constantes en la virtud.  
Veis aqui lo que forma el fondo de la Logica.

La moral; á que otra cosa se reduce que á im-  
primirnos en las obligaciones, como hemos venido al mundo? A-  
qui aprende el Padre á imprimir en el alma de sus hijos con la  
doctrina, y con el exemplo el conocimiento, el culto, y el amor,  
que se debe al Todo-Poderoso. El hijo se convence del honor, y la  
obediencia, á que son acreedores los que fueron instrumentos  
de su vida, y de su reyn. El vasallo reconoce que es una especie  
de sacrilegio ofender de qualquier modo la persona augusta  
de aquel, que representa en la tierra la imagen de la mis-  
ma Divinidad. Finalmente advierte el hombre que no que-  
re encontrar su felicidad verdadera en otro objeto, que en a-  
quel que solo es capaz de llenar la inmensa capacidad  
su corazón. Para persuadirse de la existencia, atributos, y perfec-  
ciones de este objeto soberano, encuentra un auxilio poderoso  
en las dos partes restantes de la Filosofia. La Física nos condu-  
ce eficazmente á las mas sublimes reflexiones sobre el autor  
de aquella grande Obra, que quanto mas se conoce, se hace ven-  
to mas maravillosa, pudiendose decir con verdad que la Física  
se eleva hasta venir á ser una especie de Teología. ¿Quién po-  
drá ni aun sospechar que el acaso es el que ha dispuesto, y gover-  
nado una Obra, en donde reyna el orden mas sabio, y constante,  
y en donde resplandecen los caracteres mas sensibles de la Omni-  
potencia? La Metafísica nos da la idea mas perfecta que es posi-  
ble de la Inteligencia que preside al Universo, suministrando-  
nos al mismo tiempo las armas mas victoriosas contra la im-